

El debate sobre la seguridad económica y social a finales del siglo XVIII: lecciones de un camino abandonado

Emma Rothschild

WILLIAM GODWIN ESCRIBIÓ EN 1820 que “el corazón de pedernal que desgració el comienzo del siglo XIX” era la característica, en particular, de “todos los que hemos estudiado asuntos de economía política”.¹ En su extensa respuesta al *Ensayo sobre población* de Malthus escribió que la economía política se opone a “todas las ramificaciones de la existencia social”; que concibe al mundo como una escena fría y cruel, o como “una ciudad bajo el severo ataque de una peste”.² Al igual que el poeta Robert Southey, Godwin sentía que los economistas tendían a tratar a los hombres independientemente de sus vidas públicas y sociales. “El libro de Adam Smith es el código, la confesión de su sistema”, escribió Southey en 1812. “Recorta las alas de su intelecto, arranca el plumaje de sus virtudes, y tendrás en el animal bruto, desnudo y lamentable al hombre del sistema de producción”.³

¹ Este artículo se elaboró para la conferencia de la UNRISD, *Repensando el desarrollo social*, de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, Copenhague, 11 y 12 de marzo de 1995. Agradezco los valiosos comentarios de Amartya Sen, Cynthia Hewitt de Alcántara, Stephen Martin y David Palfrey.

² William Godwin, *Of Population: an Enquiry Concerning the Power of Increase in the Numbers of Mankind, Being an Answer to Mr. Malthus's Essay on that Subject*, Londres, Longman, 1820, pp. 110-112 y 620. La traducción de algunas citas está tomada de la versión ya editada en español de las obras; en estos casos se indica entre corchetes la fuente en todos los demás las citas se tradujeron directamente del artículo, por no hallarse la versión en español. [N. del T.].

³ Robert Southey, “On the state of the poor, the principle of Mr. Malthus's essay on population, and the manufacturing system” (1982), en Robert Southey, *Essays, Moral and Political*, Londres, John Murray, 1832, 1, pp. 111-112.

La intención de este ensayo es analizar las ideas sobre desarrollo social de la economía política de finales del siglo XVIII —incluyendo la seguridad e integración social de los pobres—, y la manera en que se reflejaron en la posterior economía *laissez faire*. Opino que la cruel reputación de la economía política es bastante inmerecida en lo que se refiere a Adam Smith y sus más distinguidos seguidores del periodo anterior a la revolución francesa. En sus escritos, el desarrollo social no era enemigo sino condición del desarrollo comercial. La visión desalmada de la sociedad, donde hombres y mujeres viven rodeados sólo por incentivos e inspirados sólo por el miedo, fue una innovación de la década posterior a la muerte de Smith en 1790 y del periodo de intenso terror que siguió a la revolución francesa.

En primer lugar, retomaré la descripción de seguridad e inseguridad social hecha por el propio Smith en *La riqueza de las naciones*. Luego, abordaré el desarrollo de estas y otras ideas en Francia antes de la revolución, en particular, las propuestas de reformar la asistencia social y crear un fondo de seguro social hechas por Turgot, el gran hombre de Estado francés, y el matemático y economista Condorcet. Como se verá, estas propuestas fueron objeto de intensas críticas durante el periodo posterior a la revolución y en las discusiones sobre las leyes inglesas para los pobres. De hecho, en el *Ensayo sobre población*, de Thomas Robert Malthus de 1798 —un desarrollo bastante distinto del pensamiento de Smith—, el rechazo a la seguridad social era un punto central. Así, en la economía política *laissez faire* de finales del siglo XVIII hay dos perspectivas diametralmente opuestas sobre la seguridad social, representadas respectivamente por Condorcet y por Malthus. Aunque las ideas de Malthus han tenido más influencia en el pensamiento económico posterior, las de Condorcet —es decir, el camino abandonado después de 1790— siguen siendo de interés para la economía moderna.

A modo de conclusión sugeriré que las ideas de integración social de Turgot y Condorcet pueden iluminar los debates actuales sobre política económica y social. La economía política de finales de la Ilustración no apoya las ideas de los actuales seguidores del *laissez faire*, de que la seguridad social se opone al desarrollo económico y de que la igualdad social es una especie de lujo, apta sólo para países ya ricos. Por el contrario, la suposición característica de los primeros amigos y seguidores de Smith en Francia era que la libertad política y la integración social de los pobres eran causas (y consecuencias) del desarrollo económico. Smith y sus primeros seguidores eran fuertes críticos de las instituciones sociales, incluyendo a las fundaciones religiosas y caritativas ya establecidas. Sin embargo, también estaban interesados en crear

nuevas instituciones y nuevas políticas de desarrollo social. De hecho, el debate sobre las instituciones sociales era de suma importancia para el optimismo del periodo inmediatamente anterior a la revolución francesa. En 1787, Goethe escribió a Herder desde Nápoles: “También yo creo que a la larga la humanidad triunfará, sólo temo que al mismo tiempo el mundo se haya convertido en un enorme hospital en donde cada uno es la enfermera humanitaria del otro”.⁴

* * *

Para Adam Smith la libertad y seguridad de los individuos fueron la condición del crecimiento comercial en la temprana Europa medieval, así como su más importante consecuencia. La seguridad era de los habitantes de las ciudades, sobre todo de los “marchantes y artesanos”, considerados “gentes muy pobres” y discriminados socialmente: “Los magnates desdénaban a los habitantes de las ciudades, considerándoles como una especie de esclavos, y de distinta condición a la suya”. Los habitantes de las ciudades también estaban a merced de impuestos y servicios públicos obligatorios “irregulares y opresivos”, y de leyes injustas —como las que regulaban los arrendamientos—, o las “instituciones tan bárbaras” de las vinculaciones, mediante las cuales “la seguridad de millares de seres” podría ponerse “en peligro por el capricho o la extravagancia de una sola persona”.⁵

La gran transformación del comercio europeo llegó con las reformas legales del periodo feudal, con lo que William Robertson, contemporáneo de Smith, describió como “revoluciones de la propiedad”, que incrementaron el “espíritu industrial” y revolucionaron el “carácter de la mente humana”.⁶ La “gran revolución” del propio Smith —“una revolución de suma importancia para la felicidad pública”— era una de las garantías individuales: abolición de la servidumbre, derecho a poseer propiedades e “impartición regular de justicia”. De acuerdo con la

⁴ J. W. Goethe, *Italian Journey*, traducción al inglés de W. H. Auden y Elizabeth Mayer, Londres, Collins, 1962, p. 312.

⁵ Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (en adelante *WN*), edición de R. H. Campbell y A. S. Skinner, Oxford, Clarendon Press, 1976, pp. 284-285, 384-412. [*Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (en adelante *RN*), traducción de Gabriel Franco de la edición de Edwin Cannan, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, pp. 346, 352-358.]

⁶ William Robertson, “A view of the progress of society in Europe”, en *The History of the Reign of the Emperor Charles V*, Londres, Strahan, 1769, I, pp. 20-36, 222-225.

descripción de Smith, la inseguridad se opone a la industria,⁷ y en particular al mejoramiento de la tenencia de tierras. Por el contrario, debe ser la seguridad la gran meta de todo esfuerzo humano. Incluso el miope comerciante, en la famosa metáfora de Smith sobre la mano invisible, busca la seguridad: “cuando prefiere la actividad económica de su país a la extranjera, únicamente considera su seguridad”.⁸

En la descripción de Smith, la característica de la Europa moderna, y sobre todo de la Inglaterra moderna, es que la libertad y seguridad se extenderán a los pobres y desposeídos, pues una sociedad civilizada es aquella en donde los pobres tienen derecho a vidas seguras. La seguridad que con tanto esfuerzo se obtuvo en las ciudades medievales, era la de los pequeños comerciantes y tenderos. Pero Smith indica que también entre los obreros la seguridad individual es condición de la industria. No son sólo los campesinos quienes tienen derecho a la seguridad, independencia y respeto, sino que “es la distribución equitativa e imparcial la que vuelve respetables, ante los superiores, los derechos del más pobre sujeto británico y la que [...] proporciona el mayor y más efectivo estímulo a todo tipo de industria”.⁹

Como primer ejemplo, Smith favorecía los salarios altos, que consideraba tanto causa como efecto de la prosperidad nacional. De la “abundante recompensa del trabajo” decía que: “así como es el efecto necesario, es también el síntoma natural de la riqueza nacional en aumento”, y que “quejarse de ello es tanto como lamentarse del efecto necesario y de la causa de la mayor prosperidad”. Le parecía evidente que una “mejora en las condiciones de las clases inferiores del pueblo es ventajosa para la sociedad”. Tal mejora era también asunto de justicia pública: “Ninguna sociedad puede ser floreciente y feliz si la mayor parte de sus miembros son pobres y miserables. Es, por añadidura, equitativo que quienes alimentan, visten y albergan al pueblo entero participen de tal modo en el producto de su labor, que ellos también se encuentren razonablemente alimentados, vestidos y alojados”.¹⁰

Para Smith la “recompensa liberal del trabajo” era un medio esencial para mejorar la producción, pues “fomenta la propagación de la clase baja y, con ella, la laboriosidad del pueblo. Los salarios altos son un estimulante de la actividad productiva, la cual, como cualquier otra

⁷ A lo largo del texto, “industria” se utiliza a menudo como sinónimo de trabajo útil o diligente, y no tanto como referencia estrecha a la producción manufacturera.

⁸ *WN*, pp. 421-422, 456 [*RN*, p. 402].

⁹ *WN*, pp. 425, 610.

¹⁰ *WN*, pp. 91, 96, 99 [*RN*, pp. 72, 77, 79].

calidad humana, mejora proporcionalmente al estímulo que recibe”. No estaba en lo más mínimo convencido de que la gente trabaja más cuando teme ni cuando los salarios son bajos (que para la clase baja son “por lo general, años de epidemias y mortalidad”): “No nos parece que [...] los hombres, en general, trabajen más cuando están mal alimentados que cuando lo están bien, cuando se hallan extenuados que cuando se sienten animosos, cuando están con frecuencia enfermos que cuando su estado es saludable”.¹¹

Smith se daba cuenta de que estaba cuestionando el antiguo argumento de los patronos respecto a los efectos estimulantes de la pobreza: “Los patronos de todo género hacen mejores arreglos con sus criados en los años de carestía que en los de abundancia, y los encuentran más sumisos y humildes en los primeros que en los segundos. No obstante, y como es natural, consideran que los primeros son más estimulantes de la laboriosidad.” Reconocía que “algunos trabajadores” estarán ociosos tres días si pueden ganar su salario semanal trabajando sólo cuatro, “mas esto no ocurre en la mayor parte de los casos”, sino que es más probable que a un trabajador lo estimule “la agradable confianza de mejorar su condición, así como la de acabar sus días en plenitud y desahogo”; “allí donde los salarios del trabajo son crecidos, los obreros son más activos, diligentes y expeditivos que donde son bajos; por ejemplo, en Inglaterra, más que en Escocia”. De hecho, Smith describe la condición de las trabajadoras escocesas en términos patéticos: “En casi toda Escocia sólo una buena hilandera puede ganar veinte peniques a la semana”. Mientras tanto “nuestros grandes manufactureros consiguen comprar a muy poco precio la obra de los pobres hilanderos nacionales”; “nuestros hilanderos son gente pobre, desparramada por todas las comarcas del país y que no disponen de ninguna clase de apoyo ni protección”.¹²

Es interesante que Smith estaba dispuesto incluso a tolerar la regulación estatal mientras fuera en bien de los trabajadores: “Cuantas veces la legislatura intenta regular las diferencias entre los maestros y sus obreros, consulta siempre a los primeros. De donde resulta que, cuando el reglamento es en favor de los obreros, es siempre justo y equitativo, pero no ocurre lo mismo cuando favorece a los maestros”.¹³ Algunos años más tarde Jean-Baptiste Say contrastó explícitamente las ideas de Smith con las opiniones de los patronos: “Uno se halla dirigentes in-

¹¹ *WN*, pp. 99-101 [*RN*, pp. 79-81].

¹² *WN*, pp. 99, 101, 134, 649 [*RN*, pp. 79, 81, 114, 573].

¹³ *WN*, pp. 157-158 [*RN*, p. 138].

dustriales que, siempre prestos a encontrar argumentos para apoyar las consecuencias de su avaricia, sostienen que el trabajador mejor pagado trabaja menos, y que es bueno estimularlo con la necesidad. Smith, que había visto mucho y era muy buen observador, no opinaba lo mismo". Parafraseando a Smith, Say agregaba que "un zapatero puede hacer zapatos igual de bien en un cuarto con calefacción, bien vestido, bien alimentado y teniendo a sus hijos bien alimentados, que cuando trabaja helándose, en una barraca o en la calle [...] De modo que los ricos deberían abandonar su temor infantil a estar peor atendidos si el pobre obtiene comodidad".¹⁴

La descripción de Smith del contexto social del consumo proporciona otra ilustración de su concepción del desarrollo social. La supuesta frivolidad de los pobres le preocupa tan poco como su supuesta indolencia. No lo perturba, por ejemplo, que los trabajadores deseen varios días de descanso por semana, lo cual describe no como indolencia, sino como "exceso de trabajo": "Una excesiva exigencia durante cuatro días de la semana es a menudo la verdadera causa del ocio de los tres restantes, del cual hay tantas y tan duras quejas." Ni siquiera se opone a la ocasional disipación: "El buen trabajo requiere un poco de indulgencia, a veces sólo de distensión, pero a veces también de disipación y diversión." Le alarma, sin embargo, la falta de disipación del consumo de los pobres. Contrasta los "desórdenes que por lo general prevalecen en la economía de los ricos" con la "estricta frugalidad y atención parsimoniosa de los pobres". Dice que la gente común es, por lo general, mucho más "estricta o austera" que "la que se llama gente de moda". Sus principales ejemplos de "indolencia" son los terratenientes y el clero.¹⁵

En un famoso pasaje, Smith describe los consumos de la clase baja como medios con un fin específicamente social: el fin de la decencia social, de tener una posición respetable en la vida pública. Cuando habla de los impuestos indirectos define como "mercancías necesarias" a "todas aquellas cuya falta constituiría, en cierto modo, algo indecoroso entre las gentes de buena reputación, aun entre las de clase inferior". Considera a los trabajadores gente cívica, reflexiva y prudente, preocupada por su posición pública y susceptible sobre todo de la vergüenza: "un honrado jornalero se sonrojaría si tuviera que presentarse en público sin una camisa de lino". Curiosamente, estas emociones cívicas apa-

¹⁴ Jean-Baptiste Say, *Traité d'économie politique*, París, Calmann-Lévy, 1972, pp. 385, 474.

¹⁵ WN, pp. 100, 265, 789, 791, 794.

recen por igual en hombres y mujeres. Por ejemplo, en Inglaterra el calzado de cuero es una necesidad, “hasta el extremo de que ninguna persona de uno u otro sexo osaría aparecer en público sin él”. En Escocia son necesarios sólo para los hombres, incluso para los hombres de la clase más baja, pero en cambio, las mujeres andan descalzas sin caer por ello en descrédito; [...] en Francia no lo usan ni los hombres ni las mujeres”.¹⁶

Para Smith el consumo es, por lo general, un medio para llegar a la integración social, al reconocimiento social. “¿Cuál es el propósito de todo el ajeteo de este mundo?”, pregunta en su *Teoría de los sentimientos morales*, “¿Cuál es la finalidad de la avaricia y la ambición, de la búsqueda de riqueza, poder y preeminencia?” Su respuesta es que la gente está interesada ante todo por sus posiciones en sociedad: “ser observados, atendidos, tomados en cuenta con simpatía, complacencia y aprobación, son todas las ventajas que podemos esperar obtener”. El lúgubre destino de los pobres consiste en ser considerados sin simpatía, o no ser considerados en absoluto, estar “fuera de la mirada de la humanidad”.¹⁷ En *La riqueza de las naciones* dice que “un hombre de baja condición está lejos de ser un miembro distinguido de cualquier gran sociedad”. Cuando “se queda en un pueblo” por lo menos “se le atiende”; “pero tan pronto llega a la ciudad, se hunde en la oscuridad y la ignominia. Nadie observa ni atiende lo que hace”.

También aquí Smith está dispuesto a tolerar la intervención gubernamental mientras sea por la integración social de los pobres, y propone, como asunto de política pública, alegrar las vidas de la gente en las grandes ciudades —para quienes la “sociedad respetable” a menudo se encuentra sólo en pequeñas sectas, cuya moral es “desagradablemente rigurosa y poco social”—, apoyando “el estudio de la ciencia y la filosofía” y con “la frecuencia y alegría de las diversiones públicas”. Se opone tenazmente a los “impuestos directos sobre los salarios del trabajo”, que describe como “absurdos y destructivos”, así como al “impuesto sobre los artículos básicos”. Sin embargo, está de acuerdo con los impuestos sobre los lujos, sobre todo los de los ricos. Está a favor, por ejemplo, de cuotas progresivas sobre los “carruajes lujosos” (“mayores en proporción a su peso”), de modo que “la indolencia y vanidad de los ricos contribuyan fácilmente al beneficio de los pobres”.¹⁸

¹⁶ WN, pp. 869-870 [RN, pp. 769].

¹⁷ Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments* (en adelante TMS), edición de D. D. Raphael y A. L. Macfie, Oxford, Clarendon Press, 1976, pp. 50-51.

¹⁸ WN, pp. 725, 795-796, 865, 871.

En tercer lugar, el pasaje de Smith sobre la instrucción pública es otro argumento por la integración social de los pobres. No es suficiente que los pobres puedan aparecer en público sin avergonzarse; deben poder participar sin vergüenza en discusiones públicas y políticas. De acuerdo con su descripción, el presupuesto de los pobres es por lo general prudente; habla del trabajador que se esfuerza con la esperanza de pasar sus últimos días holgadamente, o de la clase trabajadora, a quien los injustos impuestos no permiten “educar o criar a sus hijos”.¹⁹ Observa que al gobierno le corresponde la responsabilidad esencial de proporcionar educación gratuita o subsidiada a “los hijos de la gente común”. Desde el inicio de *La riqueza de las naciones* insiste en la igualdad de los talentos naturales. Dice que la diferencia entre el filósofo y el transeúnte común “parece surgir no de la naturaleza, sino de la costumbre, el hábito y la educación”. Su “genio muy distinto” es consecuencia y no causa de la división del trabajo. La gente es en principio “muy parecida”; no nace “estúpida e ignorante”, sino que sus “empleos habituales” los vuelven así: por el carácter simple y uniforme del trabajo que logran conseguir, y por las circunstancias de sus padres, “que, pudiendo apenas mantenerlos en la infancia”, los mandan a trabajar lo más pronto posible.²⁰

Smith sostiene que el público “puede facilitar, estimular e incluso imponer” un sistema educativo a “casi la totalidad de la gente”. Las “partes más esenciales de la educación” son “leer, escribir y hacer cuentas”, y hasta la gente más pobre debería “tener tiempo para adquirirlas” antes de comenzar su vida como trabajadores.²¹ Smith insiste en que la educación es buena en sí misma, y no por ser el medio para lograr un fin preciso y comercial. Cuando llega a referirse a la instrucción pública como un medio, es en relación con los fines políticos de la sociedad, o al interés común por la seguridad política. La gente de las clases más bajas que está instruida está “más dispuesta a analizar y es más capaz de discriminar las quejas interesadas de las facciones”, es menos susceptible a “la oposición desenfrenada e innecesaria a las medidas del gobierno”. Este es el idilio de la Ilustración, el ideal de la discusión pública entre individuos pensantes, reflexivos y respetuosos de sí mismos. También es el idilio personal de Smith del respeto recíproco. De-

¹⁹ WN, p. 508.

²⁰ WN, pp. 28-29, 782-785.

²¹ WN, pp. 785-788; véase también Andrew S. Skinner, *Adam Smith and the Role of the State: Education as a Public Service*, mimeografiado, Universidad de Glasgow, 1993.

cía que las personas instruidas “se perciben a sí mismas más respetables, de modo que es más probable que obtengan el respeto de sus superiores, y que estén más dispuestas a respetarlos”. Incluso los padres, dice en *La teoría de los sentimientos morales*, deben tratar a sus hijos respetuosamente, pues “el respeto hacia ustedes [los padres] siempre modera su conducta, mientras que el respeto hacia ellos no tiene por qué reprimir la suya”.²²

* * *

Las ideas de seguridad social y económica de Smith tenían un sorprendente parecido con las de Turgot, su gran contemporáneo francés —de quien escribió que era “una persona a quien recuerdo con tanta veneración”, cuyas políticas “honraron tanto a su autor... y hubieran podido beneficiar tanto a su país”—, cuyas reformas en 1770 constituyeron el primer experimento político mayor con ideas semejantes.²³ Para Turgot, así como para Smith, los dos objetivos principales de la reforma económica eran eliminar las limitaciones del libre mercado de alimentos básicos, y las que los gremios, las corporaciones y la reglamentación de aprendices imponían a la industria. “La libertad ilimitada e irrestricta, del comercio del maíz” es el mejor preventivo de la escasez, y la mejor política “para la gente”, escribió Smith en 1776. Turgot, unos años antes, había dicho: “La libertad es la única prevención posible contra la escasez”.²⁴ Smith propuso “derrumbar los privilegios exclusivos de las corporaciones y revocar el decreto del aprendizaje, ambos obstáculos de la libertad natural”. Para Turgot “la destrucción de los gremios patronales”, para liberar totalmente a los pobres de las restricciones corporativas, era tan significativa como la reforma al comercio del maíz, y “será para la industria [manufacturera] lo que aquella fue para la agricultura”.²⁵

El objetivo de Turgot, primero como administrador estatal y luego como secretario de finanzas de Francia entre 1774 y 1776, era tratar de establecer “libertad completa” en la industria y la agricultura. Sin em-

²² WN, p. 788; TMS, pp. 220-222.

²³ *The Correspondence of Adam Smith*, edición de E. C. Mossner e I. S. Ross, Oxford, Oxford University Press, 1987, p. 286.

²⁴ A. R. J. Turgot, *Oeuvres de Turgot et Documents le Concernant* (en adelante OT), edición de Gustave Schelle, París, Alean, 1913-1923, III, p. 267; véase también Emma Rothschild, “Commerce and the state: Turgot, Condorcet and Smith”, *Economic Journal*, vol. 102, núm. 414 (septiembre de 1992), pp. 1197-1210.

²⁵ WN, p. 470; OT, V, p. 159.

bargo, el proceso de reforma era turbulento, como descubrió después, y sobre todo en un país con gente aún muy pobre e insegura. Cuando Smith escribió *La riqueza de las naciones*, en las décadas de 1760 y 1770, la economía inglesa estaba al final de un periodo de crecimiento prodigioso, durante el cual Inglaterra rebasó a Holanda como emblema europeo de modernidad económica y el nivel de vida de las clases bajas inglesas se incrementó sustancialmente; como lo plantea E. A. Wrigley: “los salarios reales aumentaron desde mediados del siglo xvii hasta 1780”.²⁶ En Francia, por el contrario, las regiones más pobres todavía eran vulnerables, incluso hasta la década de 1770, bajo la intensa inseguridad de la inminente escasez.

Turgot mismo fue intendente de la región de la Limousin durante una de las últimas crisis de subsistencia del siglo xviii en Francia, experiencia que influyó profundamente en sus políticas posteriores. Entre 1769 y 1770 los precios de la comida en la Limousin se incrementaron agudamente, y después de una secuencia de malas cosechas, comenzó a incrementarse la mortalidad, sobre todo en algunas zonas rurales remotas. Turgot concluyó que la libertad comercial del maíz no podía prevenir la escasez “en los primeros años de su establecimiento”, y a Dupont de Nemours escribió que, “si el comercio pudiera prevenir del todo la escasez, la gente ya tendría que ser rica”. Las perspectivas de los desposeídos eran evidentemente inseguras. El margen de lo “superfluo” es para los pobres “muy necesario”, escribió Turgot; proporciona la posibilidad de “algunos pequeños placeres” o de “un pequeño fondo para casos imprevistos de enfermedad, aumento de precios o desempleo”; pero en la crisis de 1770 “la gente sólo ha podido sobrevivir utilizando todos sus recursos; vendiendo a precios muy bajos sus muebles y hasta su ropa”.

La seguridad de los pobres en Francia se basaba, por lo general, en la caridad individual o de las instituciones religiosas: la parroquial en el campo y los grandes hospitales o “fundaciones” en las ciudades. La de los individuos (su “economía moral”) no proporcionó suficiente seguridad en la crisis de 1770. Los granjeros prósperos tendían a despedir a sus aparceros y a sus criadas y sirvientes, escribió Turgot; determinó que “las sumisiones puramente voluntarias” de la gente acomodada deberían aumentarse en ciertas parroquias por medio de una “nómina” de contribuciones, proporcional a los recursos del contribuyente. También

²⁶ E. A. Wrigley, *People, Cities and Wealth: The Transformation of Traditional Society*, Oxford, Basil Blackwell, 1987, p. 235.

se percató de lo frágil del sistema de beneficencia parroquial. Por ejemplo, hizo distribuir por sus funcionarios copias de sus instrucciones a los terratenientes de cada municipio: “esta atención es particularmente necesaria en aquellos municipios donde saben que el sacerdote local, ya sea por falta de capacidad, o por algún vicio de carácter, o simplemente porque no tiene confianza en sus habitantes, no puede por sí mismo administrar la operación y hacerla salir bien”.²⁷

Desde 1757, Turgot había criticado amargamente las grandes fundaciones hospitalarias. En la *Encyclopédie* de D’Alambert y Diderot escribió que eran lugares de “vanidad, envidia y odio”, cuyos encargados iban de un paciente a otro “mecánicamente y sin interés”, distribuyendo alimentos y medicina “a veces con una negligencia mortal”. Éstas contrastaban sobre todo con las “asociaciones libres” o “sociedades” ciudadanas de apoyo voluntario a los necesitados, que “abundan en Inglaterra, Escocia e Irlanda”: lo que ocurra en Inglaterra también puede ocurrir en Francia, y los ingleses, a pesar de lo que se diga, no tienen derecho exclusivo a ser ciudadanos”.²⁸

Cuando Turgot fue secretario de finanzas inició una importante reforma en las políticas de asistencia social. Su estrategia principal en la Limousin había sido proporcionar empleos a corto plazo en obras públicas, e intentó extender esta política a otras regiones. Estableció un sistema de “oficinas y talleres de caridad”, a partir del argumento de que los pobres que pueden trabajar “necesitan salarios, y la mejor y más útil caridad es proporcionarles los medios de ganárselos”. Puso particular énfasis en “dar empleo a las mujeres”, que consideraba “un objetivo no menos digno de atención que el de dar empleo a los hombres; propuso que las oficinas de caridad consiguieran ruecas para las mujeres de clase baja y financiaran la enseñanza del hilado en cada pueblo. Como secretario de finanzas insistió en proporcionar ingresos a las mujeres y niños tanto como a los hombres, pues eran quienes más sufrían durante los periodos de escasez; “es a esta parte de la familia a quien debemos conseguir empleo y salarios”, y los salarios deben “distribuirse a todos los consumidores, incluso a los niños de la familia”.²⁹

Otra reforma mayor de Turgot en las políticas de asistencia pública fue tratar de que no hubiera gente desempleada durante largos periodos. En las décadas de 1760 y 1770, Francia estaba dominada por una

²⁷ *OT*, III, pp. 223, 234, 267, 288, 347, 358, 384.

²⁸ *OT*, I, pp. 587, 592.

²⁹ *OT*, III, pp. 125-126, 212-217, 225, 250; V, pp. 499-503.

de las periódicas preocupaciones del *Ancien Regime*, en relación con la evidente indigencia. En la década de 1760 se habían establecido los notables “depósitos de mendicidad” o prisiones-taller. Cuando Goethe estaba estudiando en Estrasburgo siguió la llegada de María Antonieta a París, de recién casada, y observó con cierta ironía que “antes de la llegada de la reina se estableció el muy razonable decreto de que ni personas deformes, ni lisiados, ni inválidos asquerosos debían aparecerse en su camino”.³⁰ La mendicidad, como lo establecía un famoso informe de 1779, “convierte a la sociedad en... una monstruosa colección de enemigos que sólo saben temer, odiar, evitar y dañarse los unos a los otros”.³¹

La política de Turgot como secretario fue cerrar los depósitos de mendicidad (administrados por “empresarios” privados poco escrupulosos que les afeitaban la cabeza a los internos y “especulaban con la comida”).³² “La intención de su Majestad es que liberen inmediatamente a todos los que estén confinados”, escribió Turgot al intendente de Normandía en 1775; sólo se exceptuaría a quienes fueran “absolutamente peligrosos e incorregibles”. Se enviaría a todos los demás a sus casas con viáticos y una pensión para aquellos que no pudieran ganarse su propio sustento. Algunos podrían enlistarse en compañías especiales de “obreros militares”, donde se les entrenaría y remuneraría con una parte de su producto neto. Turgot le dijo con firmeza al intendente que estas personas debían recibir zapatos y no se les debía escoltar con guardias, pues “su destino es ser libres”.³³

En general, la estrategia de Turgot consistía en proporcionar pautas políticas, y financiamiento público, para obtener seguridad salarial a corto plazo. En su elaborado plan de gobierno local —su *Mémoire sur les Municipalités* de 1775— una de las responsabilidades de las “asambleas municipales” ahí propuestas, sería supervisar la beneficencia de los pobres. Habría un “plan general del gobierno”, aunque la instrumentación de políticas contra la pobreza quedaría en manos de las asambleas locales. Es interesante señalar que Turgot proyectaba una participación pública

³⁰ J. W. Goethe, *The Autobiography of Johann Wolfgang von Goethe*, traducción al inglés de John Oxenford, Chicago, University of Chicago Press, 1974, I, p. 396.

³¹ Académie des Sciences, Arts & Belles Lettres de Chaalons-sur-Marne, *Résumé des Mémoires sur les moyens de détruire la mendicité en France*, Chaalons-sur-Marne, Seneuze, 1779, p. V.

³² Camille Bloch, *L'assistance et l'état en France à la veille de la Révolution*, París, Alphonse Picard, 1908, pp. 168-178.

³³ *OT*, IV, pp. 515-520; V, p. 426.

bastante extensa en la discusión de estas políticas. Las asambleas en general las elegirían sólo aquellos que fueran dueños de propiedades (que por lo tanto estaban sujetos a impuestos). Sin embargo, las asambleas debían tomar en cuenta los puntos de vista de la gente sin propiedades. Dupont de Nemours recuerda que Turgot dejó claro en sus correcciones al borrador del plan de gobierno local, que tales consultas eran esenciales en asuntos “que pueden afectar la libertad de los individuos”.³⁴

En 1908, Camille Bloch, el historiador de la política social francesa, escribió que Turgot “trató de proporcionar una base racional para la beneficencia, y de imponerle una práctica reflexiva”. Su logro fue “orientarla claramente hacia una organización pública y oficial”; “quería favorecer la dignidad del individuo”. Sus principales innovaciones, al igual que las reformas de libre mercado que tanto admirara Adam Smith, apenas sobrevivieron su propio periodo como funcionario. Incluso se reinstalaron los depósitos de mendicidad.³⁵ Sin embargo, el efecto acumulativo de las políticas de Turgot durante los últimos años del *Ancien Régime* fue el de promover “el movimiento a favor de la asistencia local de los hogares y la asistencia a través de la creación de empleos”.³⁶

Condorcet fue biógrafo y amigo cercano de Turgot, y en los años posteriores a su caída desarrolló una teoría bastante general de seguridad social para periodos de transformación económica. En *Reflections on the Corn Trade*, publicado en 1776, apoyó las reformas de Turgot y escribió que la “cantidad de felicidad” no es un objeto propio de las políticas gubernamentales, aunque el “bienestar” es una condición necesaria (pero no suficiente) de la felicidad. Condorcet define el bienestar mínimamente como “no estar expuesto a la miseria, a la humillación o a la opresión”. En este sentido sí es un objetivo propio del gobierno, o un “deber de la justicia”: “Es este bienestar el que los gobiernos le deben al pueblo; que todos los miembros de la sociedad tengan asegurado el sustento cada temporada, cada año y donde sea que vivan; que aquellos que viven de sus salarios puedan, ante todo, conseguir el sustento necesario: éste es el interés general de toda nación”.³⁷

³⁴ OT, IV, p. 591, y comentarios de Dupont de Nemours, p. 571; comentarios de Condorcet en “Vie de Turgot”, en Condorcet, *Oeuvres* (en adelante OC), edición de Arago y O'Connor, París, Didot, 1847-1849, V, p. 140.

³⁵ Así, el villano M. Valenod de *Le rouge et le noir*, “Una crónica de 1830”, es director del depósito de Verrières, donde es interrumpido durante una cena por un interno que canta; Stendhal, *Le rouge et le noir*, París, Pocket, 1990, pp. 168-169.

³⁶ Bloch, *L'assistance*, pp. 182, 208, 210, 443.

³⁷ OC, XI, pp. 111, 155.

Al igual que Turgot y Smith, Condorcet creía que las causas de la indigencia y la miseria eran las “malas instituciones”. En su ensayo de 1788 sobre las asambleas provinciales, continuación del trabajo de Turgot en relación con los municipios, buscó identificar las “causas de la pobreza”, que incluían la falta de “competencia general”, “leyes inadecuadas en relación al comercio del maíz”, “el espíritu de regulación” y las “cadenas” que obstaculizan al comercio. Las políticas más eficaces son las que impiden que la gente se empobrezca, a diferencia de ayudarlos con “instituciones públicas”: “Calcúlese cuánto ha costado en Inglaterra financiar el consumo de los pobres, y qué efecto tan diferente hubiera producido invertir el mismo capital en industrias”.³⁸

Una consecuencia de las ideas de Turgot y Condorcet se encuentra en la reforma de la asistencia social a principios de la revolución. El “comité de mendicidad” de la asamblea constituyente, dirigido por el duque de la Rochefoucauld-Liancourt, otro de los jóvenes seguidores de Condorcet, caracterizaba la asistencia social como un asunto no de compasión, sino de justicia. No se podía organizar sólo a nivel local (“como en Inglaterra”); “siempre que uno se encuentre hombres sin recursos suficientes para subsistir, hay una violación de derechos humanos, y se rompe el equilibrio social”. Tampoco se podía dejar en manos de la iglesia ni de fundaciones individuales, de modo que el Estado debía asumir tanto las responsabilidades como los derechos (incluyendo las propiedades) de las asociaciones religiosas. El biógrafo de Liancourt describe una liberación de los individuos y del Estado: “Frente a las corporaciones, ‘personas ficticias y morales’, surgió el Estado secular, liberado al mismo tiempo que el individuo de sujeciones y privilegios”. Mientras tanto, los deberes del Estado, o de la sociedad, serían sustancialmente mayores que los de las antiguas instituciones: “sin duda aliviar la pobreza es un deber imperioso de la sociedad, pero el deber de prevenirla no es menos sagrado ni menos necesario”.³⁹

El mismo Condorcet propuso dos medidas principales para prevenir la pobreza. La primera, que identificaba repetidamente con Smith, era la educación pública universal. Decía que de todas las causas de la pobreza había sólo una que era consecuencia del progreso económico y no de las malas instituciones, y era la “invención de las máquinas”, que produjo el desempleo de “los trabajadores que saben hacer sólo una cosa”.

³⁸ OC, VIII, pp. 454, 456, 458-459; XII, p. 648.

³⁹ Dreyfus-Ferdinand, *Un philanthrope d'autrefois: La Rochefoucauld-Liancourt, 1747-1827*, París, Pion, 1903, pp. 172-175; Bloch, *L'assistance*, p. 443.

Sin embargo, si los trabajadores estuviesen mejor instruidos, esta causa sería transitoria. El enorme esquema de equilibrio competitivo general sólo funcionaría con eficacia si las personas pudiesen pasar de una industria a otra y de un empleo a otro: “Sin duda tomaría cierto tiempo restablecer el equilibrio, aunque sería menos tiempo en la medida en que hay mayor libertad”.

Al igual que Turgot, Condorcet creía que tanto hombres como mujeres debían educarse, no sólo capacitarse y recapacitarse: “Propoñemos una educación que sea la misma para hombres y mujeres, pues no vemos razón para que sea diferente”. Además, la educación pública era de importancia tanto política como económica. Las personas que no sabían hacer cuentas, o que no entendían las leyes locales, dependían de otros: “las instituciones sociales deben combatir, en la medida de lo posible, esta desigualdad que produce dependencia”. La instrucción era necesaria, ante todo, para “hacer realidad el disfrute de las garantías que por ley le correspondían a los ciudadanos”: ¿Puede un ser que no conoce sus derechos, que no sabe si están siendo violados, hacer pleno uso de ellos?⁴⁰

La segunda medida de Condorcet para reducir la pobreza y para promover la igualdad social resultó directamente de su experiencia, junto a Turgot, con las crisis de subsistencia de la década de 1770. Decía que una causa de la pobreza era la misma pobreza: “toda familia que no posee bienes inmuebles, ni muebles ni capital, está expuesta a caer en la miseria al menor accidente, de modo que cuantas más familias estén privadas de estos recursos, más pobres habrá”. Su propuesta en estas circunstancias era un sistema de bancos para el ahorro social: “es por medio de estos bancos, cuyos pequeños ahorros podrían asegurar asistencia en caso de enfermedad o en la vejez, que se puede prevenir la miseria”.⁴¹

Durante la revolución, Condorcet transformó sus ideas de los pequeños ahorros en un sistema mayor de seguro social. Describía las terribles perspectivas de las mujeres cuya existencia “depende por completo de lo que dure la vida del marido”, y de la “gran cantidad de inválidos, ancianos, mujeres y niños que caen de un estado de comodidad a un estado de pobreza y miseria”. Sostenía que era esencial que un hombre cuya subsistencia dependía de su trabajo pudiera “asegurar por medio de sus ahorros su sustento durante la vejez”, así como la de su esposa e hijos en caso de enfermarse o morir. Para esto debían existir

⁴⁰ *OC*, VIII, pp. 458-459, 474-476; véase también VII, p. 452.

⁴¹ *OC*, VIII, pp. 453, 461.

medios seguros de ir depositando pequeños ahorros, incluso diariamente. Dichos medios los podían facilitar “asociaciones de individuos, compañías o incluso el Estado”, aunque las asociaciones serían demasiado pequeñas para lograr beneficios nacionales, y las compañías privadas encontrarían el negocio poco rentable.

Por el contrario, el Estado podría establecer el seguro social a una escala que aprovechara las “tablas de mortalidad general” para grandes cantidades de individuos asegurados. Condorcet decía que las asociaciones y compañías privadas tenían la opción de admitir sólo “personas de quien un médico de confianza pudiese asegurar que alcanzarían la esperanza de vida promedio para gente de su edad; sin embargo, este medio no sería adecuado en una institución creada para el público”. Estas fundaciones públicas tendrían la ventaja adicional de ayudar a reducir la deuda nacional. Al incrementar “la cantidad de personas cuya vida está asegurada” ayudarían, en general, a producir una sociedad muy distinta: “algo que nunca antes ha existido en ningún lado, una nación rica, activa y muy poblada, sin la existencia de una clase pobre y corrompida”.⁴²

Durante los últimos años de su vida, el seguro social se convirtió para Condorcet en el fundamento de su ideal de progreso futuro. En *Esquisse des Progrès*, escrito mientras huía del Terror jacobino, habla de la gran empresa de “utilizar la suerte contra la suerte misma”. El seguro para la vejez que tendrían las personas en el futuro aumentaría con los ahorros de aquellos que murieran antes de retirarse. Las familias obtendrían cierta “compensación” por la muerte prematura del padre. Ahora Condorcet concluía que las instituciones aseguradoras “podrían formarse en nombre de la autoridad social”, aunque también podrían “resultar de las asociaciones de individuos”, puesto que los principios del seguro social serían más familiares. “La aplicación del cálculo a las probabilidades de esperanza de vida y a las colocaciones financieras” se utilizaría en lo sucesivo en beneficio de “todo el conjunto de la sociedad”. La época venidera no sería una de igualdad económica completa —que Condorcet consideraba enemiga de la industria—, sino de la igualdad social resultante de la educación y del seguro social; “la seguridad social será suficiente, virtualmente por sí misma, para destruir dos de las principales causas de la corrupción y los prejuicios, a saber, la indolencia y el mal ejemplo”.⁴³

⁴² OC, XI, pp. 389, 392-394, 397, 402; ver también Keith Michael Baker, *Condorcet: From Natural Philosophy to Social Mathematics*, Chicago, University of Chicago Press, 1975, pp. 280-282.

⁴³ OC, VI, pp. 247-248, 591.

* * *

El ideal de seguridad social de Condorcet tuvo poco interés práctico y político después de su muerte en el Terror. Sin embargo, desempeñó un papel indirecto, durante la década de 1790, en la subsiguiente contrarrevolución de la economía política. La primera edición del *Ensayo sobre el principio de población*, de Malthus, está subtítuloado “en la medida en que afecta la futura mejoría de la sociedad, con comentarios sobre las especulaciones del Sr. Godwin, M. Condorcet y otros escritores”, y su denuncia de Condorcet se inicia con comentarios sobre la protección social. Malthus señala que Condorcet “propone que se debe establecer un fondo que asegure asistencia a los ancianos, producido, en parte, por sus propios ahorros anteriores [...] El mismo fondo, o uno similar, daría asistencia a mujeres y niños que perdieran a sus esposos o padres”. “Estos fondos pueden establecerse en nombre, y bajo la protección, de la sociedad”. Más adelante dice que “con la aplicación adecuada del cálculo, se pueden encontrar los medios de conservar completamente un estado de igualdad, al impedir que el crédito sea privilegio exclusivo de las grandes fortunas, otorgándole una base igualmente sólida, e independizando el progreso de la industria y el comercio de los grandes capitalistas”.

En la conclusión, Malthus se burla de lo que llama la “visión encantadora” de Condorcet: “estas instituciones y cálculos pueden parecer muy prometedores por escrito, pero aplicados a la vida real resultarán absolutamente ineficaces”. Una razón es el adormecimiento del “aguijón de la necesidad”: “Si con instituciones de este tipo se elimina dicho impulso de la industria [...] ¿podemos esperar que los hombres ejerciten, para mejorar su condición, la actividad animada que constituye ahora el mayor aliciente de la prosperidad pública?” La otra razón, y “por mucho la dificultad más grande”, es el mismo principio de población. “Si cada hombre tuviese asegurados recursos suficientes para una familia, casi cualquiera la tendría; y si cada generación estuviese libre de la ‘escarcha mortal’ de la miseria, la población aumentaría rápidamente”.⁴⁴

El *Ensayo* de Malthus desempeñó un papel crítico en la reconstrucción de la economía política durante las décadas posteriores a la muerte de Smith. Malthus escribe que el mismo Smith comete un “probable

⁴⁴ Thomas Robert Malthus, “An essay on the principle of population” (1798), en *The Works of Thomas Robert Malthus* (en adelante *WM*), edición de E. A. Wrigley y David Souden, Londres, William Pickering, 1986, 1, pp. 7, 55-56.

error” al combinar dos investigaciones diferentes: la de “la riqueza de las naciones” y la de “la felicidad y comodidad de las clases sociales más bajas”. En *Principios de economía política* describe otros desaciertos de Smith, a saber: referirse a los terratenientes con lenguaje “excepcional” y de manera “algo envidiosa, como amantes de cosechar donde no han sembrado”; subestimar “la producción capitalista”, y hablar de la humanidad: “si la humanidad hubiera podido intervenir exitosamente, lo habría hecho hace mucho tiempo, pero desafortunadamente la humanidad común no puede alterar los fondos para la conservación del empleo”.⁴⁵ La supuesta indulgencia de Smith hacia los pobres y su interés por una existencia social segura fue, de hecho, fuente de constante irritación entre sus primeros críticos. Edmund Burke, por ejemplo, escribió en 1795 que “nada puede ser tan bajo y malvado como la hipócrita frase política ‘la clase trabajadora’”. Esta es una frase que Smith usa a menudo en *La riqueza de las naciones* (diez veces en las pocas páginas de su discusión sobre los salarios). Burke decía que “la Providencia a veces le niega lo básico a los pobres, y que no ha de ser faltando a las leyes del comercio, que son las leyes de la naturaleza y por tanto las leyes de Dios, que se va a aligerar el castigo divino”.⁴⁶

William Playfair, uno de los críticos más extraños de Smith, lo reprende abiertamente por ignorar el útil agujoneo de los pobres. En una nota agregada al pie del capítulo sobre impuestos de su “decimoprimer edición” anotada de *La riqueza de las naciones* (de la cual *The Edinburgh Review* escribió que “en todo el curso de nuestra inquisición literaria jamás nos habíamos encontrado con una instancia tan desacreditadora de la prensa inglesa”),⁴⁷ Playfair escribió que “el Sr. Smith en este caso, así como en el del aumento de impuestos, no considera en lo más mínimo ese gran impulso para la industria que es la necesidad”. En otra nota agrega: “El Sr. Smith no toma en cuenta a la necesidad, nodriza de la industria”; los efectos negativos de los impuestos elevados “se equilibran en gran medida con su impulso a la industria”. Para Playfair incluso la educación distrae de la industria, del trabajo, y en su “capítulo

⁴⁵ *WM*, I, p. 107; V, pp. 63-64, 181.

⁴⁶ Edmund Burke, “Thoughts and details on scarcity”, en *The Works of the Right Honourable Edmund Burke*, Boston, Little and Brown, 1894, V, p. 157; véase también Emma Rothschild, “Adam Smith and conservative economics”, *Economic History Review*, XLV, 1 (febrero de 1992).

⁴⁷ [Francis Horner] “Playfair’s edition of Wealth of Nations”, *The Edinburgh Review*, VII, XIV (enero de 1806), p. 471, citado en Frank Whitson Fetter, *The Economic Writings of Francis Horner in the Edinburgh Review 1802-6*, Londres, London School of Economics, 1957, p. 9.

suplementario” sobre la educación se opone al interés de Smith por la instrucción de los pobres: “Si el leer y escribir contribuyen o no a la felicidad y bienestar de la clase trabajadora es un asunto innecesario, y quizás difícil, de decidir [...] La lectura a menudo lleva al descontento, una ambición infundada y un descuido del trabajo [...]”.⁴⁸

El primer *Ensayo* de Malthus fue una obra polémica, escrita en el periodo de peor inquietud por los efectos de la revolución francesa sobre la clase pobre inglesa.⁴⁹ Sin embargo, su influencia sobre la posterior interpretación de la economía política, y sobre todo de las ideas sobre seguridad económica y social, fue mucho mayor que la de sus trabajos posteriores, más reflexivos, sobre población, o la de sus *Principios de economía política*. Con la controversia sobre las posteriores versiones del *Ensayo*, incluso *La riqueza de las naciones* se leyó a la luz de la teoría de Malthus. Algunos críticos siguieron distinguiendo entre Smith y sus seguidores. Godwin, por ejemplo, citó la defensa de Smith de los salarios altos en su respuesta a Malthus, diciendo que “es refrescante encontrar sentimientos como los aquí expresados, después del examen de un libro como el del Sr. Malthus”. En 1819 Sismondi se quejó de que “en Inglaterra los discípulos de Adam Smith se han distanciado de su doctrina”, pues el mismo Smith, mientras que “consideraba la economía política una ciencia empírica, hacía un esfuerzo por analizar cada hecho en su contexto social”.⁵⁰ Sin embargo, para muchos críticos de la economía política de principios del siglo XIX, como Southey, Smith era poco más que el precursor de la reforma maltusiana.

La idea de la seguridad social, o del contexto social de la empresa individual, era de suma importancia en la controversia entre Malthus y sus críticos. El mismo Malthus estaba convencido de los efectos benéficos del temor: “si ningún hombre tuviera esperanza de ascender ni temor de caer en la sociedad; si la industria no trajera consigo su recompensa y el ocio su castigo, las partes centrales definitivamente no serían lo que ahora son”.⁵¹ Su visión de la naturaleza humana (por lo menos

⁴⁸ Adam Smith, *The Wealth of Nations*, edición de William Playfair, T. Cadell y W. Davies, Londres, 1805, I, p. 131; II, pp. 27-28; III, p. 243.

⁴⁹ Fue escrita también bajo el efecto intermitente de “un ataque muy fuerte de dolor de muelas”, del cual el mismo Malthus dijo que apenas podía ignorar, ni siquiera “con el entusiasmo de la composición”, *WM*, I, p. 81.

⁵⁰ Godwin, *Of Population*, p. 611; Sismondi, J.C.L. Simonde de, *Nouveaux principes d'économie politique, ou de la richesse dans ses rapports avec la population*, Paris, Delaunay, 1819, I, p. 57.

⁵¹ *WM*, I, p. 129.

de la naturaleza humana de los pobres) es desalentadora. En su primer *Ensayo* escribe que debemos “considerar al hombre como realmente es, inerte, perezoso y enemigo del trabajo, a menos que se vea empujado por la necesidad”; “considerando al hombre como es”, la tendencia del ocio es “producir el mal en lugar del bien”; “la tendencia general de una prosperidad uniforme no es exaltar el carácter, sino degradarlo”. Las leyes inglesas para los pobres “contribuyeron poderosamente a generar un descuido y una ausencia de frugalidad evidente entre los pobres [...] La clase trabajadora, por usar la expresión vulgar, parece vivir siempre entre la mano y la boca”. En este *Ensayo* Malthus escribió que el peligro de las instituciones sociales de Condorcet era que los pobres se liberarían de la escarcha de la miseria; en el *Ensayo* de 1826, era que los pobres “se liberarían del temor a la pobreza”.⁵²

Para los críticos de Malthus, por el contrario, los incentivos del trabajo duro estaban tanto en la esperanza (o la codicia) como en el temor. Southey preguntaba: ¿La “fuente primaria de maldad” se halla “en las instituciones humanas o en las leyes de la naturaleza?”, y ¿la “lujuria y el hambre” deben considerarse como “independientes de la razón y la voluntad”?⁵³ Para Godwin no es “la ley de la naturaleza” la causa de la “maldad social”, sino “la ley de una vida muy artificial”.⁵⁴ William Hazlitt escribió que Malthus “siempre tiene una cierta cantidad de miseria *en el banco*”; “como tantos pobres diablos parados al borde de la desgracia, en una especie de guardia o empresa desesperada, para espantar los malos espíritus de la población de la sociedad en general”. El ahorro social de Condorcet hubiera proporcionado asistencia temporal o asistencia a “una familia sobreviviente, en caso de accidentes”, dice Hazlitt: “¿El señor Malthus nunca supo de desgracias que ocurren así, y no por el ocio y la negligencia del difunto?” Al igual que Condorcet, Hazlitt siente que es poco probable que la seguridad de los pobres “degrade el carácter humano”; “si las leyes inglesas para los pobres se basan en este principio [el de la seguridad], confieso que lamentaría mucho que se abolieran”.⁵⁵

Para Malthus las leyes inglesas para los pobres eran la causa de “la pobreza y la desgracia”. Comparaba a Inglaterra desfavorablemente con Alemania, por ejemplo, de la cual ninguna parte “es lo suficientemente

⁵² WM, I, pp. 127, 129, 130; III, pp. 321, 366.

⁵³ Southey, *Essays*, pp. 78, 81, 86, 111; Godwin, *Of Population*, pp. 20, 601-602.

⁵⁴ Godwin, *Of Population*, pp. 20, 601-602.

⁵⁵ William Hazlitt, *A Reply to the “Essay on Population” by the Rev. T. R. Malthus*, Londres, Longman, 1807, pp. 236-237, 242, 262.

rica para sostener un extenso sistema de asistencia parroquial”. Decía que “por su ausencia” en algunas partes las clases más bajas gozan de “una mejor situación” que las clases bajas inglesas. La habilidad de Holanda para asociar prosperidad comercial y seguridad social la atribuye, extrañamente, al comercio, la emigración y la extrema falta de salubridad (con su consecuente alta mortalidad): “concibo que éstas son las causas no observadas que han vuelto a Holanda tan famosa por la administración de su clase baja y tan capaz de emplear y apoyar a todos los que solicitan asistencia”. El crítico irlandés George Ensor resumió el argumento de Malthus de manera muy escueta: “fueron la enfermedad y rápida mortalidad las que permitieron a Holanda hacerse cargo de sus pobres con una facilidad asombrosa”.⁵⁶

En su propio argumento, por el contrario, Ensor sostenía que la gran ventaja de Holanda eran sus instituciones políticas: “la cuestión es que Holanda era una república, su gente era industriosa y “considerando su territorio preminentemente opulento [...] esta opulencia se transmitió hasta las clases más bajas”. Para él el ocio y la negligencia eran por lo general los efectos, tanto como las causas, de los males sociales: “¿Por qué habrían de ser industriosos los irlandeses, si no van a recibir un beneficio por su industria?”. Decía que los ingleses se quejan en la India, citando *History* de Orme, de que “la gente no tiene industria, ni energía”. Sin embargo, la indolencia misma puede ser consejera de la prudencia; Ensor cita la observación del propio Orme “en cuanto a esta gente predispuesta a la violencia, ‘que el temor a la extorsión o violencia por parte de los agentes del distrito hace que sea prudente que parezcan y sean pobres’”.⁵⁷

En estas controversias la profunda distinción se da en relación con los efectos de la inseguridad: si es el temor o la esperanza lo que dirige las vidas de pobres y ricos. Hazlitt observó que una de las inconsistencias de Malthus era asumir que cada grupo de personas tenía sus propios incentivos. Si el “temor a la miseria” fuese el incentivo, “entre los ricos, [entonces] el mundo sería un gran taller, [sin] lugar para tanto caballero pobre”.⁵⁸ Por implicación, sólo a los pobres los impulsa la necesidad, y sólo a los ricos la esperanza. Para Smith, sin embargo, los ricos y los pobres eran “bastante parecidos”. La esperanza, o el deseo inquieto de

⁵⁶ *WM*, III, p. 522; George Ensor, *An Inquiry Concerning the Population of Nations: Containing a Refutation to Mr. Malthus's "Essay on Population"*, Londres, Effingham Wilson, 1818, p. 259.

⁵⁷ Ensor, *Inquiry*, pp. 396-397, 402-404, 495-496, 501.

⁵⁸ Hazlitt, *A Reply*, p. 261.

mejorar la propia condición, es un estímulo universal de la industria, y el temor es el estímulo de la desgracia universal. En palabras de Smith, “el temor es en casi todos los casos un desgraciado instrumento de gobierno, y en particular nunca debe emplearse contra ningún hombre que pretenda ser independiente. Tratar de aterrarlo sirve sólo para irritar su mal humor”. Para Condorcet, en su ensayo de 1775 sobre el monopolio, “el temor origina casi todas las estupideces humanas, sobre todo las estupideces políticas [...] Al curar a los hombres del temor, se los curaría de muchos males y prejuicios”.⁵⁹

El seguro social de Condorcet y las reformas a las leyes de los pobres de Malthus constituyen los dos destinos opuestos de la economía política de finales del siglo XVIII. Tanto Condorcet como Malthus presentaron sus propuestas como derivadas de Smith y de *La riqueza de las naciones*, y ambos creían que sus reformas conducirían a la prosperidad. En este artículo, me interesaron principalmente las políticas de Condorcet: el camino abandonado, o el *laissez-faire* que no llegó a ser. La concepción malthusiana sobre Smith ha tenido mucha más influencia que la de Condorcet en el pensamiento económico posterior. Yo quisiera sugerir, sin embargo, y a modo de conclusión, que el esfuerzo por reconstruir sus perspectivas —por buscar en el pasado, más allá de la discontinuidad política de la revolución francesa, las ideas económicas de la década de 1780— puede esclarecer los debates actuales.

En primer lugar, en aquella primera economía política hay poco apoyo para la idea de los actuales partidarios del libre mercado de que la seguridad social se opone al desarrollo económico. Las opiniones del mismo Smith en relación con los beneficios de los salarios altos “para la sociedad” y a la existencia cívica de los pobres no corroboran la suposición de los efectos vitalizantes del temor; o aquella de que “la sociedad no existe” de algunos actuales partidarios de Smith (la señora Thatcher, por ejemplo). Condorcet y Turgot tienen tanto derecho como Malthus a reclamar la herencia de las teorías de libre mercado de Smith. Para estos primeros exponentes del *laissez-faire*, la justicia social no es “un ideal que condena a la sociedad comercial moderna”, sino, en palabras de un informe reciente, “una necesidad económica” y “algo que la sociedad

⁵⁹ OC, XI, p. 54; WN, p. 798.

requiere, puesto que la calidad de vida de cada uno depende en gran medida del bienestar social”.⁶⁰

En segundo lugar, los argumentos de las décadas de 1770 y 1780 en favor de la seguridad social son de interés para las políticas económicas actuales. Smith creía que el bienestar de los pobres era tanto un fin en sí mismo como un medio para llegar a la prosperidad pública; además, no era “más que igualdad”. Para Condorcet, “el bienestar social era un componente del bienestar de los individuos, y la idea de que a nuestro alrededor existen cien mil personas infelices es una experiencia dolorosa, tan real como un ataque de gota”.⁶¹ Para David Hume en su ensayo sobre el comercio, el bienestar generalizado simplemente se adecuaba a la naturaleza humana: “una desproporción demasiado grande entre los ciudadanos debilita a cualquier Estado. Toda persona, si es posible, debe gozar los frutos de su trabajo, teniendo plena disposición de todas las cosas básicas, y algunas de las convenientes, de la vida. No cabe duda de que esta igualdad es la más adecuada a la naturaleza humana”.⁶²

La seguridad social era al mismo tiempo un importante medio para la transformación económica. Turgot y Condorcet estaban convencidos de que alguna especie de seguro salarial mínimo era una condición del desarrollo económico. Les preocupaban (al igual que a Malthus) las condiciones psicológicas e institucionales de la transición al libre mercado. Turgot concluyó que cuando la gente es tan pobre que sufre crisis periódicas de su misma subsistencia, las condiciones no son propicias para la empresa, el riesgo y las instituciones mercantiles estables. La gente no se siente segura en una sociedad así, ni dispuesta a arriesgar el derrumbe de las antiguas instituciones opresivas. La inseguridad social también es poco propicia para la educación pública. Para Turgot y Condorcet la educación e ilustración —y la esperanza de que todos, incluso los más pobres, pudieran ver más allá de los interesados argumentos a favor de la regulación estatal— tenían importancia crítica para las reformas de libre mercado. Sin embargo, los pobres sólo podrían educar a sus hijos si tuvieran cierta seguridad de ingreso, y permanecer educados o instruidos, con un poco de tiempo libre. La “ilustración” era tanto una condición de la reforma económica como una de sus consecuencias.

⁶⁰ The Commission on Social Justice, *Social Justice: Strategies for National Renewal*, Londres, Vintage, 1994, p. 19.

⁶¹ *OC*, V, p. 361.

⁶² David Hume, *Essays, Moral, Political, and Literary*, edición de Eugene F. Miller, Indianapolis, Liberty Classics, 1987, p. 265.

En tercer lugar, en el siglo XVIII hay cierta evidencia de que el proporcionar seguridad social a los pobres, y su subsiguiente integración a la sociedad local o nacional, está de hecho asociado con el desarrollo económico. Holanda e Inglaterra, los dos imperios comerciales, eran también los dos países más famosos (y notorios) por sus sistemas de asistencia pública. La relación entre la prosperidad comercial y la condición política de los pobres era un tema de intenso interés en ese momento, como lo fue para Malthus y George Ensor. Para Richard Smith una posibilidad es que “la asistencia pública y su subsiguiente minimización de riesgo e incertidumbre produzcan progreso económico, tanto como que (o en lugar de que) el progreso económico produzca el bienestar social”.⁶³

Ésta era la suposición, por lo menos, de Turgot y Condorcet. También era la suposición de otras teorías contemporáneas de transformación política y económica. “Por depender de la suerte los hombres se vuelven frívolos y ociosos”, escribió Hegel en su informe sobre la beneficencia; al igual que en Nápoles, “en Inglaterra hasta el más pobre cree que tiene derechos; esto es muy distinto de lo que satisface a los pobres en otros países”. El reformista prusiano Schön atribuyó su compromiso con los edictos de reforma legal (y comercial) de 1807 a una visita por la provincia inglesa: “Fue a través de Inglaterra que me volví hombre de Estado. Allí donde el campesino, trabajando entre sus repollos, me exclamó regocijado que había leído que mi rey estaba por unirse, junto con Inglaterra, a la coalición contra Francia— he ahí, en el sentido más verdadero de la palabra, vida pública”.⁶⁴

Por último, hay notables diferencias entre las políticas de seguridad social de los debates del siglo XVIII y las de los debates actuales. Todos los economistas a quienes nos hemos referido han criticado las regulaciones estatales. El ideal de Condorcet, incluso hasta noviembre de 1792, era una “virtual inexistencia” del Estado, por medio de “leyes e instituciones que redujeran lo más posible las acciones del gobierno”.⁶⁵ Sin

⁶³ R. M. Smith, “Transfer incomes, risk and security: The roles of the family and the collectivity in recent theories of fertility change”, en David Coleman y Roger Schofield (eds.), *The State of Population Theory: Forward from Malthus*, Oxford, Basil Blackwell, p. 206.

⁶⁴ Citado en J. R. Seeley, *Life and Times of Stein, or Germany and Prussia in the Napoleonic Age*, Cambridge, Cambridge University Press, 1878, I, p. 376; Hegel, G. W. F., *Hegel's Philosophy of Right* (1821), traducción al inglés de T. M. Knox, Oxford, Oxford University Press, 1986, p. 206.

⁶⁵ OC, X, p. 607; véase también Emma Rothschild, *Condorcet on Economic Choice*, mimeografiado, Cambridge, Centre for History and Economics, King's College, 1992.

embargo, criticaban aún más las instituciones “intermediarias” de regulación religiosa, gremial, local o parroquial, por las cuales los pobres estaban a merced del “espíritu corporativista” de los gremios, y de lo que Smith llamaba “el capricho de cualquier mayordomo o vigilante parroquial”.⁶⁶ Estaban a favor, en principio, de la caridad individual, aunque no convencidos de su eficacia como sistema de seguridad social (como en la crisis francesa de 1770). Esperaban que se diera la seguridad de las garantías individuales en un Estado nuevo y más ilustrado.

La característica de “Smith y sus discípulos”, escribió Carl Menger en 1883, es su “liberalismo racionalista unilateral, el a menudo precipitado esfuerzo por deshacerse de aquello que ha perdurado [...] la igualmente precipitada urgencia por crear instituciones políticas nuevas”. Se puede acusar a la “época anglofrancesa de la Ilustración” de un “pragmatismo [...] incapaz de valorar las estructuras sociales ‘orgánicas’ [...] y por tanto, despreocupado por conservarlas”.⁶⁷ De acuerdo con esta visión, los primeros economistas del *laissez-faire* no eran conservadores. En particular, no vislumbraban que las instituciones sociales existentes de caridad local, religiosa y corporativa pudiesen constituir los fundamentos de la igualdad social. No había un modelo constante, por decirlo así, de instituciones de seguridad social óptimas, adecuadas a toda sociedad, a todo momento y a todo tipo de poder político. Por el contrario, para Condorcet había un proceso de constante consulta política, incluida la consulta de aquellos carentes de poder político, prevista por Turgot. Éste era uno de los ideales “pragmáticos” de la economía política anterior a la revolución francesa, y es todavía un ideal razonable para las políticas de desarrollo social.

Recibido en mayo de 1995

Revisado en julio de 1995

Correspondencia: Center for History and Economics/King's College, Cambridge/
Cambridge CD2 1ST/Great Britain/Fax (1223) 33 11 98.

⁶⁶ WN, p. 154.

⁶⁷ Carl Menger, *Untersuchungen ü. d. Methode der Socialwissenschaften, u. der Politischen Oekonomie*, Leipzig, Duncker & Humblot, 1883, pp. 201-202, 207.

